

AMOR, DESAMOR Y REVOLUCIÓN

Laura p. caballero

AMOR, DESAMOR Y REVOLUCIÓN

© LAURA P. CABALLERO

AMOR, DESAMOR Y REVOLUCIÓN

ISBN 9781726772907

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Gelu, mi gran amor
Para Aida, mi gran tesoro.

Cuando el ejército, por fin, terminó de recolocarnos, todos pensamos que el Gobierno había hecho lo mejor para nosotros: su pueblo. Luego, poco a poco, nos fuimos dando cuenta de cuán equivocados estábamos, hasta que, un día, abrimos los ojos y contemplamos la oscuridad eterna a la que nos habían condenado.

PREFACIO

El cataclismo

El cataclismo ya había ocurrido tiempo atrás, cuando la tierra se quedó sin luz, envuelta en polvo, y murió la mayor parte de la humanidad.

Fue entonces cuando se creó el Gobierno, un gobierno real, global, dispuesto a dirigir a los supervivientes.

Había gente de muchos países, pero los países habían quedado destrozados, ya no existían.

Las zonas inhabitables se fueron abandonando y los líderes que surgieron tras la tragedia agruparon a las gentes, destrozadas por las pérdidas emocionales y materiales, y se erigieron en salvadores.

De entre los escombros, se rescató toda clase de vida, humana o animal, y se trasladó a todos a un pedazo de tierra que, en otros tiempos, había sido la cuarta parte de un vasto país y que, ahora, era el único espacio apto para vivir en todo el planeta.

Los supervivientes, destrozados en cuerpo y alma, ayudaron en la construcción de un nuevo país. Todos colaboraban, dirigidos por los grandes líderes que les llevaban de la mano y, a los cuales, el pueblo adoraba.

Poco a poco, el sistema se fue estabilizando, las familias se reestructuraron, la economía fue creciendo y las nuevas tecnologías volvieron a tomar el control del pueblo desde el Gobierno. Se agrupó a los grandes científicos y expertos

informáticos e ingenieros, la recuperación y mejora de la civilización primaba por encima de todo.

Vivían en paz, el Gobierno se asentó en el poder y nadie volvió a hablar de elecciones. Se formaron de nuevo barrios, ciudades y, otra vez, las jerarquías sociales aparecieron, diferenciándose a la clase rica de los obreros más humildes.

Aun así, no había quejas.

El Gobierno era autosuficiente y nadie pasaba necesidades. Éstas estaban cubiertas y, la sanidad, la educación y la ayuda a los que no podían valerse por sí mismos, funcionaban como nunca antes lo habían hecho.

A pesar de que eran el único país en el planeta, el Gobierno comenzó a formar un ejército, pues nunca se estaba a salvo de una posible sublevación. Para ello, instó a los jóvenes a formar parte de él a cambio de ciertos privilegios para ellos y sus familias.

Se crearon ciudades enteras formadas exclusivamente por soldados y familiares de éstos, con urbanizaciones que incluían piscinas, gimnasios, energía gratuita ilimitada, colegios y hospitales privados, todo creado para asegurar la máxima lealtad al Gobierno.

La energía que los soldados disfrutaban de forma gratuita se extraía de enormes centrales nucleares que se fueron construyendo a lo largo de todo el territorio.

De esta forma, los miembros del ejército y el resto de la población apenas tenían contacto entre ellos, y llegó un momento en que parecían hablar un lenguaje diferente. El orden público se

mantenía a través de este ejército, pero siempre respetando la idea de que estaban ahí para defender al pueblo, no para hostigarlo.

Así iban pasando los años. La población se iba recuperando y el trauma del cataclismo iba quedando cada vez más atrás.

El presidente murió y, su hijo, que había sido educado para continuar la labor del padre, se instauró en el poder y mantuvo la misma línea. El pueblo era feliz y vivía en paz, pero entonces...

Un día, temprano por la mañana, el cielo se oscureció y comenzaron a llover rocas. Rocas enormes que chocaban contra los edificios, los coches, la gente... Caían en los parques, los colegios y guarderías; los gritos de los niños traspasaban los oídos aterrados de los adultos, que aún recordaban el anterior cataclismo. La gente corría, trataba de refugiarse, abrazaba a sus seres queridos y pedía ayuda a un ejército que no aparecía por ningún lado.

Los cuerpos de los heridos y los muertos comenzaron a acumularse en las calles mientras las rocas seguían llegando del cielo, golpeando sin compasión lo que se interpusiese en su camino.

El suelo comenzó a temblar y los pocos edificios que continuaban en pie comenzaron a derrumbarse. No había nada que hacer, no había lugares en los que refugiarse, lugares a los que escapar.

El cielo siguió castigándoles durante más de quince minutos en los que los temblores de tierra se repitieron hasta seis veces cada vez con mayor virulencia y, luego, todo terminó. Al estruendo de las rocas y los edificios que se derrumbaban le sustituyó el llanto de los supervivientes y el silencio de los muertos.

Así sucedió todo, un día en que el cielo se oscureció temprano por la mañana.

LA NUEVA ERA

1.

Bin-bon, bin-bon, bin-bon.

Siri botaba la pequeña pelota de goma contra una de las paredes del cubículo que compartía con su madre y su hermana mayor. Estaba recostada en su cama y tiraba la pelota con fuerza, haciéndola rebotar en la pared que tenía enfrente.

—¡Ya basta, Siri, debí entregarte según naciste! —gritó su madre enfadada. Ya se dirigía con un trapo a la pared para limpiar las manchas que había dejado la pelota.

Ana dejó a un lado el libro que estaba leyendo y observó a su madre.

Al vivir bajo tierra sus pieles se habían vuelto extremadamente blancas y, viendo a su madre limpiar la pared, no pudo evitar pensar que lo único que quería era fundirse con ella y así desaparecer. O quizá no era su madre, sino el Gobierno el que quería que se volvieran invisibles. Pintaban todo de blanco para dar luminosidad decían, pero Ana estaba convencida de que tan sólo querían hacerles desaparecer. Su madre tenía el pelo largo y negro y los dientes grandes como los de Siri. Todavía era una mujer joven pero, la vida en la ciudad subterránea y la viudez, habían envejecido su rostro de forma prematura. La preocupación era una constante en su gesto y las arrugas marcadas entre su entrecejo, casi siempre fruncido, eran cada día más evidentes.

Ella ya había nacido bajo tierra, igual que Siri y también Ana. Esta última lo había hecho hacía diecinueve años, el mismo día que el megáfono anunció que, a partir de aquel momento, podían entregar a los niños recién nacidos a cambio de las cápsulas de espacio abierto. Su madre siempre decía que había sido como una señal, como si los privilegiados hubieran querido llevársela con ellos al exterior.

—Ya eras un bebé tan hermoso... —decía la madre cuando se lo contaba siendo más pequeña— Pero tu padre hubiera matado a quien fuera si hubieran tratado de arrebatarle.

Siri había nacido casi cinco años después, ya que su padre no se fiaba de que el ejército no le quitara al siguiente niño a la fuerza.

Cuando su madre anunció que estaba de nuevo embarazada, su padre pasó los peores siete meses de su vida pensando que, apenas naciera, arrancarían aquel hijo de sus brazos. Temblaba ante el anuncio de cualquier nueva ley o norma, que el Gobierno se encargaba de retransmitir por aquel megáfono para hacérselas conocer a los enterrados.

Luego, a pesar de que no fue así, tampoco pudo disfrutar de Siri; le dio un infarto tan sólo unos meses después de que ella naciera.

Siri hizo un gesto de burla hacia su madre, pero no tiró más la pelota. Estaba muy deprimida por su amiga Marian. Aquel año, terminaban el último curso que los enterrados tenían permitido cursar y se había enterado de que los padres de su amiga habían tramitado la solicitud para ofrecerla como empleada de los privilegiados. Según ellos, porque en la ciudad subterránea ya no tenía nada que hacer.

Una vez terminados los estudios, tan sólo quedaba la opción de integrarse a trabajar en cualquiera de los sectores disponibles en la ciudad subterránea; bien en los invernaderos generando productos frescos, en las granjas artificiales, en las fábricas de construcción y creación de género y materiales o se pasaba a ocupar un puesto en los comedores preparando comida, limpiando o manteniendo las

instalaciones; cualquier tipo de ocupación para mantener ambas ciudades en funcionamiento: la interior y gran parte de la exterior. Siri había llegado llorando a casa y había contado la noticia a su madre y a su hermana, totalmente horrorizada. Sus grandes ojos color castaños habían enrojecido y su piel pecosa se había vuelto casi transparente.

—Tal vez no sea tan malo, no podemos saberlo —trató de consolarla su madre. Ana no podía soportar algo así. Ella sabía lo mal que lo había pasado su padre sólo de pensar que pudieran quitarles a Siri a la fuerza.

—¡Cómo puedes decirle algo así! —había gritado— Si papá pudiera oírte, jamás te perdonaría.

Su madre la había abofeteado. Nunca antes lo había hecho y Ana pensó que lo peor no era el dolor, sino el ardor en la mejilla y aquella mezcla de rabia y vergüenza que la hizo sentir.

Luego, su madre se había deshecho en disculpas y Ana la había perdonado. La vida allí abajo era demasiado agobiante como para encima estar enfadada con su propia familia. Además, debía comprender que no todo el mundo estaba dispuesto a aceptar la verdad sin más, y su madre no había hecho otra cosa sino tratar de consolar a su hermana contándole una mentira piadosa.

Ella hacía ya cinco largos años que había terminado sus estudios, a los catorce, y ahora trabajaba junto a su madre en los invernaderos de fruta. Allí pasaba las mañanas, de ocho a tres y luego... Luego nada. No había nada que hacer. Los comedores eran comunes y allí

trabajaban personas que los mantenían. Los cubículos eran tan pequeños que apenas requerían mantenimiento y, allí, no existían tiendas, ni bares, ni cines, ni bibliotecas, ni museos ni nada que recordase al mundo que, una vez, había existido en el exterior y de la que algunos viejos aún se acordaban y se pasaban el día hablando.

Ni si quiera tenían el poder de reunirse y contarse historias ¿Dónde? Aquel mundo constaba de pasillos estrechos y cubículos minúsculos. Todo estaba bien planeado.

Ana se levantó de la cama y le pasó el libro que estaba leyendo a Siri. Luego le dio un azote cariñoso a su madre, que seguía sacando brillo a la pared. Ésta se volvió hacia ella cuando Ana ya atravesaba la puerta de salida.

—¿A dónde vas? Vas a ver a ese chico ¿verdad?

Ana no se molestó en contestar. Le fastidiaba que su madre se enfadara porque estuviera con Vélez. Podía comprender que encontrara peligroso el hecho de que estuvieran a favor de una sublevación contra el Gobierno, pero no era eso lo que preocupaba a su madre. Bueno, sí la preocupaba, pero no era lo que la molestaba.

Ana era consciente de su inusitada belleza. Había heredado el pelo negro de su madre, los ojos oscuros y poblados de espesas pestañas de su padre y un cuerpo frágil, delicado y dotado de una extraordinaria sensualidad. Notaba cómo la miraban los demás y sabía que recibía un trato distinto al de las otras chicas, sobre todo

cuando tenía que tratar con hombres. Pero de ahí a tener que aprovechar esa belleza para subir de estatus... Su madre se lo insinuaba constantemente y, a Ana, la ofendía sobremanera aquella actitud que su madre adoptaba alegando que era por su propio bien. Con lo del estatus, no se refería a otra cosa sino a la posibilidad de casarse con algún soldado o, mejor, con algún alto cargo militar que la asegurara la vida en la planta inmediatamente superior. Allí, podrían disfrutar de alguna que otra comodidad de la que no disponían en su planta. Ana la había oído incluso llegar a comentar que aquello sería una ventaja también para Siri, ya que ella podría introducirla en aquel mundo al que, de otra manera, jamás tendría acceso. Todo aquello le resultaba repugnante y una humillación para ella y su hermana pequeña.

Su madre no acababa de comprender que amaba a Vélez y era feliz con él. No necesitaba privilegios, era joven y fuerte y se sentía capaz de cualquier cosa, aún no apreciaba los lujos. Lo único que quería era luchar contra aquel Gobierno opresor que les mantenía enterrados como animales, asegurando que lo hacían por su propio bien. Se sentía humillada cada vez que alguien entregaba a un bebé de la ciudad subterránea, y su corazón latía con rapidez cuando alguno de sus conocidos sucumbía y se apuntaba en las listas que el Gobierno ofrecía como una oportunidad para una vida mejor.

Eso era lo que había pasado con Marian, la amiga de su hermana. Siri la miró de reojo mientras salía de la habitación. No tenía la belleza de Ana y el tema de los chicos comenzaba a llamarla la

atención. Una vez, le había preguntado a Ana porqué estaba con Vélez pudiendo estar con cualquier otro chico que ella quisiera, incluso con los más guapos.

—No me interesan los guapos —le había contestado Ana. Siri pensó entonces que, seguramente, era porque ella era hermosísima y con eso ya tenía suficiente. Sin embargo, Siri estaba enamorada de Noel, el chico más guapo de su clase, y no podía olvidar el día que le encontró con sus amigos al dar la vuelta a la esquina en uno de los pasillos.

—La hermana de Siri es tan guapa que parece de otro mundo —estaba diciendo Noel.

Al ver a la chica todos se quedaron callados. Entonces, Duck, uno de los chicos que recibía ese mote porque era muy patoso, soltó una risita en bajo y Noel le pegó un codazo.

—Hola, Siri —dijo Noel

Ella se ruborizó, agachó la cabeza y les adelantó a toda prisa tapándose la boca con la mano en un gesto inconsciente. Siempre le habían acomplejado sus grandes dientes frontales. Luego, volvió a su cubículo y, aprovechando que su madre y hermana estaban en el invernadero, rompió a llorar desconsolada.

Ana, sin embargo, era dura como una roca. Siri no recordaba haberla visto llorar nunca. Su madre decía que se había vuelto así a raíz de la muerte de su padre. Con los años, la cosa había ido a peor. Ana había conocido a Vélez y había comenzado a frecuentar grupos subversivos. La madre de Ana estaba segura de que nada de

aquello habría pasado de no ser por el infarto del padre, que había marcado y amargado el carácter de Ana hasta empujarla a un odio hacia el Gobierno que la llevaba a luchar contra él.

Con la llegada de Vélez a sus vidas, la madre de Ana, había dado por perdida la única posibilidad que ella veía de que Ana subiera en su estatus. Podría subir casándose con un soldado de un puesto alto, lo que la permitiría al menos visitar de vez en cuando el exterior, aparte de disponer de unos lujos inalcanzables en su planta. Abriría las puertas también a Siri, pero no, Ana no quería, había dejado claro que ella no se vendía. Prefería pudrirse en aquella planta y culpar de todo al gobierno, cerrando cualquier posibilidad a una vida mejor y amargándose mientras trataban de golpear a ciegas a los más fuertes.

—Aquí no hay buenos médicos —gritaba cuando se enfadaba con su madre— nos dejan morir como a ratas. A papá le dio un infarto porque no aguantaba más la tensión que este gobierno nos genera.

Ana se pasaba el día con Vélez, sólo aparecía para cumplir con su trabajo en el invernadero y para dormir. Siri cada vez tenía menos contacto con ella. Y ahora, su amiga Marian también iba a dejarla. Su familia decidía que el exterior era lo mejor para ella. Pues Siri comenzaba a pensar que, tal vez, tuvieran razón los padres de Marian, quizá también su propia madre, pero recordar el rostro encendido de Ana tras el bofetón de su madre por haberse atrevido a decir que su padre jamás se lo perdonaría no animaba para nada a Siri a contarle lo que sentía. Ella era muy pequeña cuando su padre

había muerto y Ana no hablaba demasiado de él, pero estaba claro que le adoraba. Sin embargo, la relación entre su madre y su hermana era tensa, tirante, lejos de los cariños y las muestras de amor. La frialdad de Ana con su madre, a Siri, muchas veces se le hacía insopportable y llegaba a odiar a su hermana. En cambio, ahora que veía cada vez más cerca el fin de curso y la marcha de su amiga, empezaba a comprender la aversión de Ana hacia el Gobierno.

Se obligó a centrarse en la lectura del libro que Ana la había dejado.

A fin de cuentas, Ana, ahora estaría llegando al cubículo de Vélez y no creía que tuviera intención de volver hasta la noche.

2.

El doctor se rascó la nuca a la altura a la que tenía cortado su pelo negro entrecano, y depositó sobre la mesa una carpeta que contenía los informes que le habían llevado hasta allí. Luego, cambió de idea y volvió a recoger la carpeta, más que nada, porque no sabía muy bien qué hacer con sus grandes manos vacías. Él nunca había sido un hombre excesivamente nervioso, pero desde que había entrado al servicio del presidente su carácter había dado un giro importante y sus nervios habían comenzado a deteriorarse. Su vida no había sido fácil y había tenido que trabajar mucho para llegar hasta allí pero, cada vez más a menudo, se preguntaba si había merecido la pena, si no hubiera sido todo mucho más sencillo si se hubiera conformado con el puesto de médico ordinario en cualquiera de los dos hospitales al servicio de los privilegiados. Aunque también era cierto que aquello hubiera supuesto tener que decirle que no a la oferta que le había hecho el mismísimo presidente, y si algo había aprendido desde que estaba a su servicio, era que eso era incompatible con el hecho de permanecer ilesos.

Hacía calor y había comenzado a sudar. Notaba gotitas pesadas sobre su frente y volvió a rascarse la nuca nervioso, deseando que el presidente llegara de una vez, pero sin atreverse a mirar hacia

atrás, hacia la puerta. No quería que pensara que era un curioso. Esperaría pacientemente a que el presidente apareciera y se sentara frente a él, como siempre.

Sabía que no le daría la mano. El presidente no mantenía contacto físico con nadie, todos lo sabían. A él le había costado una mirada de desprecio la primera vez que le tendió la mano. Ya entonces, había notado aquella sensación tensa y pegajosa y nunca había vuelto a librarse de ella. Sin embargo, por alguna razón que no lograba entender, el presidente parecía haberse encaprichado con él. Recordaba lo orgullosos que se habían puesto sus padres cuando les dio la noticia de que pasaría a ser el médico personal del presidente.

El doctor Beman cruzó las piernas y movió uno de sus pies como si siguiera el ritmo de una canción imaginaria. Tenía que relajarse, a fin de cuentas le traía buenas noticias al presidente acerca de su hijo. Para eso estaba allí, para eso había pedido aquella cita. Como cada año, el presidente esperaba que él le trajera buenas noticias, y un año más volvía a ser así. “No hay motivos para preocuparse, no hay motivos para ponerse nervioso” trataba de convencerse el doctor Beman mientras tamborileaba con sus dedos sobre la carpeta que guardaba el informe de Sulla, el único hijo del presidente.

Como norma, las familias del exterior adoptaban como mínimo dos hijos, muchas veces, cuatro o cinco. Ello contribuía a asegurar la población en una ciudad donde todos los habitantes eran estériles

o, al menos, lo habían sido hasta el momento. Los estudios realizados sobre el hijo del presidente habían dado como resultado que aquel muchacho seguía siendo fértile a pesar de los años que llevaba en el exterior y, esto, les llevaba a pensar que podría haber más población fértiles. De momento, Sulla lo era. Aquello era lo que le había importado al presidente, saber año tras año que su hijo permanecía igual, que era capaz de procrear, que podía ser el primer humano que volviera a engendrar en el exterior.

Aquel muchacho no tenía nada que ver con su padre. Al doctor Beman le parecía un chiquillo tímido de una humildad increíble, más aún, siendo quien era. Pero bueno, él era uno de los enterrados que habían dado en adopción cuando tenía cerca de un año, no había posibilidad de que hubiera heredado nada del presidente.

“Da igual, es su hijo, se ha criado entre lujos y con poder, debería ser engreído e impertinente” pensaba el doctor tratando de mantener su mente ocupada en algo. Todos los que vivían en el exterior habían sido “enterrados” en algún momento. Unos componían la clase trabajadora, criados y soldados o incluso doctores, como él mismo, y otros eran adoptados por las clases altas que disfrutaban de la vida exterior. Pero todos habían sido “enterrados” en un primer momento, porque una vez fuera, la posibilidad de procrearse desaparecía.

Sin embargo, el seguimiento realizado al hijo del presidente, Sulla, parecía poner en evidencia que algo estaba cambiando. El chiquillo era fértile, no se había vuelto estéril en los veinte años que llevaba

en el exterior y, era posible, que hubiera más como él. El presidente quería mantenerlo en secreto, de ahí que todavía no se hubieran realizado pruebas al resto de la población, pero el doctor Beman pensaba que, si las cosas eran como él pensaba, en cualquier momento aparecería alguna muchacha embarazada sorprendiendo a todos en el exterior y que los enterrados tampoco tardarían en enterarse. Aquello podría cambiar para siempre toda la estructura sobre la que se cimentaban ambas ciudades. Que la ciudad exterior dejara de necesitar a los Enterrados era algo que posiblemente no beneficiara a éstos, como siempre había pasado a lo largo de la historia. No sería algo inmediato, pero estaba claro que llegado el momento sería más cómodo y eficaz prescindir de ellos a seguir manteniéndolos en la ciudad subterránea.

Estaba sumergido en aquellos pensamientos cuando escuchó la voz del presidente a sus espaldas.

—Buenos días, doctor.

El doctor Beman se puso inmediatamente en pie. Era un hombre grande, macizo, y se movía con cierta torpeza. Se giró hacia el presidente mirándole a la cara.

—Buenos días, señor presidente —saludó con voz opaca y nerviosismo contenido.

El presidente tomó asiento y le hizo un gesto al doctor para que se sentara. El presidente tenía los ojos enrojecidos y el doctor Beman, que se encargaba personalmente de su salud, sabía que los rumores de sus jugueteos con la cocaína eran totalmente ciertos.

Era asombroso como una droga como la cocaína había sobrevivido a dos catástrofes mundiales. Aquello, mezclado con una personalidad esquizoide hacía de aquel hombre una bomba de relojería, y el doctor Beman no quería estar cerca el día que estallara contra él. Sin embargo, sospechaba que sería así, sospechaba que nadie que pasara demasiado tiempo junto al presidente podía salir indemne.

El cuerpo del presidente se había hinchado considerablemente desde la última vez que el doctor le había examinado y las costuras de su uniforme amenazaban con reventar de un momento a otro.

—¿Qué me trae ahí, doctor? —preguntó el presidente alargando sus manos hacia la carpeta del doctor Beman.

Éste se la tendió de inmediato y observó cómo el presidente se concentraba en su lectura. “Pero si no entiendes nada, paleto de mierda, ignorante de los cojones, deberías vivir en una pocilga” pensaba el doctor mientras le observaba y, sin embargo, su boca no repetía aquellas palabras.

—Pues, como podrá ver usted, señor presidente, los análisis que le hemos realizado a su hijo siguen demostrando que contra todo pronóstico, el muchacho sigue siendo fértil —dijo el doctor con las manos cruzadas sobre su vientre ahora que se habían quedado solas, sin la compañía del informe.

—Algo de hombre debía de tener ¿no? —contestó el presidente depositando la carpeta, que había vuelto a cerrar, sobre la mesa escritorio de su despacho.

De todos era conocido el desprecio que el presidente sentía hacia la actitud de su hijo. Su humildad y falta de altanería era vista por el presidente como señal de una personalidad débil, casi afeminada. El doctor sentía bastante lástima por aquel muchacho que tenía que dar la talla frente a aquel tirano y había resultado ser una persona con unos sentimientos totalmente opuestos a los que se le exigían. Aquel muchacho era, precisamente, una prueba más de que no se podía vivir al lado de aquel hombre sin sufrir unas secuelas que, en su caso, de momento se reflejaban en terribles crisis de ansiedad.

—Su hijo podría ser el primer hombre del exterior capaz de procrear, señor —dijo el doctor Beman tratando de complacerlo. Cada vez que lo hacía, a su boca acudía un sabor amargo semejante a la bilis

¿Por qué lo hacía? ¿Por qué trataba de agradar a aquel monstruo?

El presidente le miró con sus ojos enrojecidos y la boca apretada. El doctor Beman se pasó un pañuelo sobre la frente sudorosa. Tic, tac, tic, tac le parecía estar escuchando.

“Vamos, estalla, cabrón” se descubrió pensando de repente. Sin embargo, la boca contraída del presidente se aflojó en una sonrisa amistosa que aterrorizó aún más al doctor.

—Posiblemente no, doctor. Será el primero, para algo es mi hijo — dijo con arrogancia. Luego acercó su cuerpo hasta donde pudo a la mesa, chocando en el borde con su vientre hinchado, y empujó la carpeta hacia el doctor.

—¿Cuántas muchachas puede haber en el exterior?

—¿Muchachas?

El doctor notó un retortijón doloroso atravesándole el vientre. La idea que acudió a su mente le pareció aberrante. No podía ser cierto lo que estaba pensando.

—¡Muchachas, sí! ¿Acaso no sabe lo que son, doctor?

—¿De qué edad estamos hablando?

—De cualquiera, doctor.

Beman no podía creer lo que estaba escuchando. No podía ser cierto, se repetía, no podía estar diciéndole que iba a buscar una chica, entre todas las de la ciudad exterior, de la edad que fuera, que fuese fértil, para ponerla a disposición de su hijo. Beman pensó en la locura de hacer un análisis a todas y cada una de las muchachas. En lo humillante que aquello le parecía. En la indecencia de obligar a una persona a convertirse en un recipiente para crear una vida que pudiese cubrir el ego del presidente ¿En qué momento parecían haber desaparecido las normas morales? Beman pensaba que fue cuando se establecieron las normas y los enterrados comenzaron a entregar a sus propios hijos. No les culpaba, pero había algo tan miserable en todo aquello... Beman pestañeó un par de veces notando la humedad bajo sus párpados.

Antes de que tuviera tiempo de decirle al presidente que debería consultar los archivos para comprobar el número de habitantes de sexo femenino en la ciudad, éste volvió a hablar.

—Necesito una análisis de cada muchacha del exterior, si alguna es fértil será la esposa de mi hijo —miró fijamente al doctor—. De

nuestra clase, me refiero —aclaró— y no me importa la edad —
recalcó de nuevo.